

de la pobreza, de la cual era amicísimo. Haciéndose la iglesia del convento de Xuchimilco, le dijeron que en lo alto de la capilla mayor ponian ciertas figuras labradas de piedra. Oyólo el santo Fr. Francisco, y aunque la obra no era de mucha suntuosidad, sino bien moderada, con gran angustia de su corazon respondió á los que lo decian: «Eso es dar una higa de piedra á la santa pobreza.» Tanto era el amor y celo que á la pobreza tenia. Siendo ministro provincial, le escribió un religioso, tentado de la ambicion, que se acordase de él, pues sabia la lengua de los naturales para poder ser guardian en algun convento de los que están en sus pueblos. Lo cual leyendo el santo prelado, y teniendo compasion de la dolencia de su oveja, le respondió con una carta breve y compendiosa, refiriéndole tan solamente aquellas palabras del apóstol: *Nec quisquam sumit sibi honorem, sed qui vocatur a Deo tamquam Aaron.* Con las cuales quedó aquel religioso reprendido y curado. Dábale el santo varon á entender por ellas, que por la mesma razon que uno procura prelacias, no las merece, y que aquellos son dignos de ellas que huyéndolas y teniéndolas por penosa carga, son promovidos á ellas y las aceptan puramente por Dios. Traía siempre este bienaventurado delante sus ojos (como otro David) al Señor, y todas sus pláticas y conversaciones eran de Dios. Era templadísimo en el comer, y no bebia vino; mas si algun religioso tenia necesidad de él, si tenia escrúpulo de beberlo (como los demas no lo bebían por ser costoso á causa de traerse en aquellos tiempos muy poco de España), el siervo de Dios le quitaba el escrúpulo, y le decia que por su necesidad lo bebiese templadamente, aunque estuviese delante de los indios en sus pueblos, que antes ellos recibirían en ello documento de cómo lo habían de beber, viendo al religioso beber poco y aguado. Este varon santo en una virtud fué extremado, que dado caso era muy escrupuloso para sí, guardando mucho él en su persona aquel memorable dicho de S. Gregorio: *Bonarum mentium est, ibi culpam timere, ubi culpa non est,* que es de buenas ánimas y santas, temer culpa donde no la hay; con todo esto tuvo singular gracia en quitar escrúpulos á los otros. Pretendían los españoles de esta Nueva España pedir al Emperador Carlos V el repartimiento perpetuo de los pueblos de los indios, y para autorizar mas su peticion y justificar la causa, solicitaron á los religiosos de las tres órdenes que les diesen para ello sus firmas y parecer, porque sabían muy á la clara que sin ellas, el católico Emperador no habia de condescender con ellos. Ganaron los españo-

Hebr. 5.

Psal. 15 et 24.

les con facilidad el parecer de los demas religiosos, salvo el de los nuestros, á cuya causa formaron quejas contra ellos, hasta llamarlos enemigos del bien comun y hombres que en todo querían ser particulares. Viendo, pues, nuestros religiosos que la malicia y odio de los seglares cada dia crecía mas, ovieron de ablandar, y para justificar su razon dijeron, que pues el padre Fr. Francisco de Soto estaba electo por discreto para el capítulo general y de camino para España, adonde habia de tratar negocios con la majestad real, la provincia comprometía en él sobre este caso, para que el parecer que él diese, fuese el de todos. Los seglares, con intervencion de unos y otros, tanto supieron persuadir al siervo de Dios, que lo trajeron á su opinion, haciéndole firmar juntamente con los otros, más por importunacion que de entera voluntad, como despues pareció. Porque haciendo mucha reflexion en ello, y mirándolo con mas madurez y advertencia, cayó en su alma un escrúpulo muy grande, hallándose arrepiado de lo que habia hecho. Y no pudiendo sufrir la inquietud que esto le causaba, rogó que le mostrasen la escriptura que se habia firmado para estar mas advertido de lo que en ella se contenía. Mostráronsele, y él, viendo su firma, rompióla, y echándosela en la boca tragósele, diciendo que habia sido engañado. Fué esto ocasion de otra persecucion mayor para nuestros religiosos, porque en México les quitaron las limosnas, y los afrentaban cuando los veían, y pidiendo limosna de pan, decían algunas mujeres: «Pues cómo, ¿los frailes no comen papel? ¿para qué piden pan?» Empero el Señor que no desampara á sus siervos, no permitió pasar adelante esta persecucion, antes por su infinita bondad se allanó todo, y vivieron los religiosos algo mas quietos. Enviado á España con negocios de la provincia en favor de los naturales, y pasando por Tlascala, prometió á los indios de volver á verlos, acabados los negocios á que iba, dándole Nuestro Señor vida. Embarcóse año de mil y quinientos y cuarenta y seis. Llegado á España, y estando en la corte del Emperador, llegaron nuevas de la muerte del santo arzobispo de México D. Fr. Juan de Zumárraga. Y queriendo proveer aquella Iglesia de otro semejante prelado, el Emperador y su consejo enviaron á convidar al siervo de Dios Fr. Francisco de Soto con el arzobispado. Lo cual el humilde y apostólico varon rehusó con mucha instancia, teniendo todas las honras del mundo por estiércol, solo por ganar á Jesucristo, verdadera riqueza y honra de las ánimas. Para lo cual alegó muchas razones con que le dejaron de insistir en ello, y él quedó con suma

1546.



Luc. 10.

alegría y consolacion de espíritu. Pasó en España muchos trabajos por los caminos, así de cansancio por su vejez y descalcez, como de falta de provision, por ir desproveido de todo lo temporal, conforme al consejo del Evangelio, y tambien por no ser bien acogido de sus propios hermanos los frailes, á causa de la comision y cargo que llevaba de recoger hasta cierto número los que le pareciese para ministros de los indios, lo cual los guardianes de España ásperamente llevaban. Mas todo esto pasó el varon santo con mucha paciencia y igualdad de corazon. Enfermó en el convento de S. Francisco de Sevilla, y viéndose cercano á la muerte, pidió con muchas lágrimas á Nuestro Señor le diese vida para poder cumplir con los indios convertidos la palabra que les habia dado de tornar, y esto para sola su honra y ampliacion de su santa fe católica. Y como el Señor haga la voluntad de los que le temen y oye su ruego, oyó el de su siervo, y alcanzó entera salud. Descubria á todos el deseo que tenia de volver á esta Nueva España, y morir y enterrarse entre los otros sus compañeros. Oyó esto un mercader rico de la mesma ciudad, muy aficionado suyo y devoto de la órden, y consoló al siervo de Dios, prometiéndole que si moria en España antes de embarcarse para Indias, le haria traer sus huesos para enterrarlos en la Nueva España en el convento de S. Francisco de México con sus hermanos y compañeros. Lo cual oyendo él con grandísimo júbilo de su corazon, y agradeciéndoselo, le echó mil bendiciones. Estando para embarcarse en el puerto de S. Lúcar de Barrameda, subíase cada dia á una ermita que está en la huerta del convento de S. Francisco, y mirando á la mar (porque desde allí se parece) y derramando muchas lágrimas, le decia: «¡Oh mar, tómame y pásame de esotra parte! Hermana mar, concédeme esto, y llegado yo allá muera luego.» Estas y otras semejantes palabras decia el varon santo, con que mostraba el deseo que tenia de convertir almas á su Criador y morir entre los religiosos de su celo y espíritu, lo cual Nuestro Señor le concedió, porque á cabo de pocos dias se tornó á embarcar para esta Nueva España. En la nao en que venia supo cómo se hacian muchas ofensas á Dios, y dijo á los que en ella venian: «Esta nao no llegará al puerto en salvamento.» Y así sucedió como él lo dijo, porque en S. German se perdió, y no llegó á tierra firme. Entró Fr. Francisco en otra nao, y llegó á esta Nueva España año de mil y quinientos y cincuenta. Pasó por Tlascalala, y predicó á los indios á quien habia prometido de volver. Estando en el púlpito, vieron todos un resplandor de fuego que cercaba al

1550.

santo varon, y levantóse un gran ruido y alteracion entre la gente. Túvose luego el año siguiente de mil y quinientos y cincuenta y uno, por el mes de Septiembre, capítulo provincial, y predicó el sermon de él, y fué allí electo en primero difinidor. Enfermó en el mesmo capítulo, y visitándolo el médico, le dijo: «Padre, aparejaos para morir, porque se os va acabando la vida.» Respondió el siervo de Dios con mucho ánimo: «¿Pues qué he hecho, pobre de mí, en tantos años que ha que indignamente tengo el hábito, sino traer siempre esta hora delante de los ojos, y aparejarme para morir?» Aparejóse con largo apercebimiento y prevencion, aprovechándose del consejo del Espíritu Santo, que dice de los que en este caso se descuidan: «Gente son estos tales sin consejo y prudencia. Ojalá supiesen y entendiesen y proveyesen sus postrimerias.» Recibió con mucha devocion los santos sacramentos, y cuando le ungieron con el olio santo, respondió á todas las oraciones que el sacerdote ministro le decia. Hecha y firmada por él la tabla del capítulo, antes que se leyese pasó bienaventuradamente de esta vida á la inmortal á recibir el premio de sus fieles trabajos, viendo allí juntos sus compañeros y hermanos, como lo tenia muy deseado, y fué de ellos honrado en sus exequias, enterrándose tambien entre sus compañeros defunctos en S. Francisco de México.

Deut. 32.

## CAPÍTULO XX.

*Vidas de Fr. Martin de la Coruña y de Fr. Juan Suarez.*

FuÉ Fr. Martin natural de la Coruña, y tercero en número de los doce. Llamóse por otro nombre Fr. Martin de Jesus. Vino de la religiosa provincia de S. Gabriel. Fué varon de gran perfeccion en toda virtud, especialmente en la paciencia, que nos es muy necesaria, y en que hemos de poseer nuestras ánimas. Nunca por ocasion que le diesen la perdia. Era en la oracion muy continuo, y andando por los caminos y sentado á la mesa, no se apartaba de ella. Muchas veces le vieron arrobado y fuera de sí en contemplacion. Siendo guardian de Cuernavaca despues que volvió de la larga y trabajosa jornada que hizo con el capitan D. Hernando Cortés á la California, un religioso gran siervo de Dios, llamado Fr. Juan Quintero, morador del dicho convento, lo halló dos veces apartado en oracion, encendido el rostro como de fuego del fervor de la de-

De Fr. Martin de la Coruña.

Hebr. 10.

Luc. 21.



vocion. Tambien fué muy austero para su cuerpo, y hombre de gran penitencia y ferventísima caridad con los prójimos. El santo Fr. Francisco de Soto daba testimonio de la gran santidad de este siervo de Dios, diciendo que lo tenia por tan santo como á Fr. Martin de Valencia. El cual siendo custodio y primero prelado en estas partes (como queda dicho), lo envió á la provincia ó reino de Michoacan, año de mil y quinientos y veinte y cinco, juntamente con el cacique señor de aquella tierra que vino á México á pedir ministro para la conversion de sus naturales. Y así fué el siervo de Dios Fr. Martin de la Coruña el primero evangelizador de aquellas gentes. Muchos años antes de su muerte le quitó Nuestro Señor los movimientos de la sensualidad. Murió en el convento de Pázcuaru, y está allí enterrado. Despues de muerto, quedó su cuerpo con gran olor y suavidad, y sus carnes tan hermosas y tiernas como de un niño. Afirmaron los clérigos y otros vecinos de Pázcuaru, que un sábado de mañana, despues de muerto, lo vieron vestido de vestiduras blancas puesto sobre un altar en la iglesia donde está enterrado, con dos candelas encendidas en el mismo altar, y otras cuatro sobre su sepultura. Lo mismo dicen que vieron otra segunda vez, en lo cual quiso mostrar Nuestro Señor la gloria de que este su siervo gozaba.

De Fr. Juan Suarez.

Fr. Juan Suarez vino de la provincia de S. Gabriel, y es el cuarto en número de los doce primeros apostólicos varones. En el primer capítulo que estos padres tuvieron en la ciudad de México despues de su venida á estas partes, fué electo Fr. Juan por primero guardian del convento de Huexozingo, adonde dejó memoria entre los indios de su mucha religion y santidad. Despues se ofreció que el capitán Pánfilo de Narvaez iba á conquistar la Florida, y por el celo de la conversion de aquella gente, fué en su compañía Fr. Juan Suarez, llevando por su compañero á Fr. Juan de Palos, y allí murieron ambos de hambre. El padre Fr. Juan Baptista Moles, en el Memorial que recopiló de su provincia de S. Gabriel, dice que el que hizo el Memorial de la provincia del Santo Evangelio (el cual parece haber leído en Roma, porque se lo prestó el padre general Fr. Francisco Gonzaga, á quien yo lo envié), se engañó en nombrar á este padre Fr. Juan Juarez, que no se llamaba sino Fr. Alonso Juarez. Yo digo que el padre Fr. Alonso seria otro, pues dice murió en aquella provincia, y del Fr. Juan quedó memoria que murió en la costa de la Florida, como aquí se dice. Cuanto mas que se ha de creer al original de la obediencia que los

doce trajeron, que se guarda en el archivo de S. Francisco de México, adonde se nombra Fr. Juan y no Fr. Alonso. Tambien se ha de creer á la tradicion antigua que en estas partes hay, que donde quiera que se hallan pintados y con sus nombres, le intitulan Fr. Juan y no Fr. Alonso. Y de los que vivimos, conocimos á algunos de los doce, y cuando nombraban á los compañeros, le llamaban á él Fr. Juan. Por haber estado tan poco tiempo en esta provincia, quedó tan corta la memoria de este padre; mas no podemos negar, que ya que no sepamos algunas particulares hazañas de su mucha virtud y penitencia y trabajos que padeció en su peregrinacion de mar y tierra con celo de la salud de las almas en el ministerio de las que tuvo á su cargo el tiempo que le duró en aquellos principios, y de los muchos encuentros y combates que el demonio le daria en la batalla espiritual, á lo menos que su memoria y nombre no se haya de eternizar en el cielo, pues dice el Espíritu Santo que el justo será en eterna memoria. Y él fué justo y obró justicia, y sin dubda alcanzó las promesas que Dios tiene hechas á los que le temen y aman con sencillo corazon.

Psal. III.  
Hebr. II.

## CAPÍTULO XXI.

De Fr. Antonio de Ciudad Rodrigo.

ESTE siervo de Dios fué natural de Ciudad Rodrigo, de donde tomó el sobrenombre, y quinto en el número de los doce. Vino de la provincia de S. Gabriel. En esta de Santo Evangelio, fué el segundo provincial que en ella ovo, y guardian de muchos conventos. Era varon de mucha penitencia, y muy austero en el comer y beber. Con ser en aquel tiempo el trabajo de los religiosos muy grande y continuo (por ser ellos pocos y los indios muchos, y acacer á algunos de ellos predicar todas las fiestas tres sermones en tres lenguas diferentes, y despues cantar la misa, y baptizar cantidad de niños, y confesar los enfermos y enterrar los defunctos cuando los habia), con todo esto vivian en tanta penuria y tomaban las cosas necesarias á su sustento con tanta moderacion y templanza, que cierto pone admiracion. Andaban descalzos y con hábitos viejos y remendados. Dormian en el suelo, y un palo ó piedra por cabecera. Ellos mismos traian un zurroncillo en que llevaban el breviario y algun libro para predicar, no consintiendo que se lo llevasen los

De Fr. Antonio de Ciudad Rodrigo.



indios. Su comida era tortillas, que es el pan de los indios hecho de maíz, y ají, que acá llaman chile, y capulíes, que son cerezas de la tierra, y tunas. Su bebida siempre fué agua pura, porque vino no lo bebian, ni lo que ofrecian querian recibir, como se vió en lo que aquí referiré. Siendo Fr. Antonio guardian del convento de México, el santo primero arzobispo de aquella ciudad D. Fr. Juan de Zumárraga le envió una víspera de Pascua una botija de vino para regalo de los religiosos. Y llevándola el portero á la celda del bendito guardian, diciéndole cómo el arzobispo la enviaba para los religiosos, salió el guardian de la celda diciendo á grandes voces: «Cilicios, cilicios, no vino, no vino.» Y puesto que los religiosos le rogaron mucho, que por el contento y respeto de quien lo enviaba se quedase en casa para la sacristía, nunca lo quiso recibir, cumpliendo con palabras con el arzobispo, enviándole las gracias por la limosna que á sus hijos hacia, y suplicándole, que pues los amaba, no permitiese se relajasen y pusiesen en malas costumbres: que aquel vino se podía emplear en otras personas que mas lo oviesen menester. De esta manera celaba este bendito varon la perla preciosa de la pobreza. Fué á España en nombre de todos los religiosos de esta tierra para negociar con el Emperador Cárlos V que los indios fuesen relevados de tantos trabajos y vejaciones como en aquellos principios padecian, en especial para que se diese libertad á los que injustamente tenian por esclavos. Y ciertamente la solicitud y diligencia de este siervo de Dios fué entonces de grande eficacia para el remedio de esta tierra, porque si pasara adelante la mala costumbre de los esclavos, ya no oviera indio en toda ella. El cristianísimo Emperador, informado de lo que pasaba, envió cédulas y ordenanzas muy favorables, así para esto de los esclavos, como para que se moderasen los tributos, y para que la doctrina de los indios fuese muy favorecida. Escrebia tambien en particular al mesmo Fr. Antonio, encargándole le diese aviso si se cumplieran ó no sus cédulas y provisiones. Fué este siervo de Dios electo en obispo de la Nueva Galicia; mas él por su mucha humildad no lo quiso aceptar. Volvió de España año de mil y quinientos y veinte y nueve, y trajo consigo veinte religiosos, que fueron despues escogidos ministros y obreros en esta viña del Señor. Adoleció de enfermedad que Nuestro Señor le dió, año de mil y quinientos y cincuenta y tres. Viniéndolo á visitar el médico del convento de México, llamado el doctor Alcázar, y viendo que tenia poco de vida, le dijo: «Padre, encomendaos á Dios, porque

1529.

1553.

ya es llegada vuestra hora.» Á lo cual respondió el santo varon con júbilo y alegría de corazon, como si le ovieran dado unas nuevas de mucho contento: «¡Oh señor doctor! Dios os dé buenas nuevas, como vos á mí me las habeis dado.» Quedó el médico de esto tan edificado, que salió de la enfermería derramando lágrimas y diciendo: «Bendito seais vos, Señor Dios, en vuestros siervos y amigos, que si á mí, pecador, me dijeran que me iba muriendo, se me juntara el cielo con la tierra.» Está sepultado en el convento de S. Francisco de México, adonde murió.

## CAPÍTULO XXII.

*Vida de Fr. Toribio Motolinia.*

FUÉ Fr. Toribio el sexto en número de los doce, natural de Benavente en España y profeso de la provincia de Santiago, y traspuesto despues en la recoleccion de la provincia de S. Gabriel, como cuasi todos los doce lo fueron. Llamábase Fr. Toribio de Benavente, y cuando llegaron á esta tierra de las Indias, como él y sus compañeros venian descalzos y con hábitos pobres y remendados, mirándolos así los indios, decian muchas veces este vocablo, *motolinia*, hablándose unos á otros, que en la lengua mexicana quiere decir pobre ó pobres. Fr. Toribio, con el deseo que traia de aprender la lengua de los indios, como les oyese tantas veces aquel vocablo, preguntó qué queria decir. Y como le dijessen que queria decir pobre, dijo: «Este es el primer vocablo que sé en esta lengua, y porque no se me olvide, este será de aquí adelante mi nombre,» y desde entonces dejó el nombre de Benavente y se llamó Motolinia. Era varon muy espiritual, de mucha y continua oracion. Entre otras virtudes que en él resplandecian, la castidad fué la principal, de la cual era tan celoso, que á un religioso grave y ejemplar, por solo que le vió una vez llegar la mano al rostro de una niña que su madre traia en los brazos para que la bendijese, lo reprendió. Trabajó mucho, así en enseñar la doctrina cristiana y cosas de nuestra fe á los naturales, como en baptizar, de lo cual era amicísimo. Por esto se disponia á ir lejas tierras, porque los niños no se muriesen sin baptismo. Fué á la provincia de Guatemala, llevando consigo algunos religiosos ejemplares y celosos de la salvacion de las almas, y con ellos plantó allí la fe de Jesucristo, y hizo muy gran fruto

De Fr. Toribio  
Motolinia.



en aquellos naturales. Pasó adelante de Guatemala, por ver dos religiosos extranjeros que tuvo noticia andaban en la conversion de los indios en la provincia de Leon y Nicaragua, y tambien por ver un volcan de fuego que está en aquella tierra, que es cosa de admiracion. Era de esto tan amigo, que teniendo relacion cierta de estas maravillas de naturaleza, las procuraba ver y las escribia, para que todos los que las supiesen alabasen á Dios en ellas, como él lo alababa cuando las veia. Volviendo despues á esta Nueva España, y siendo guardian en la ciudad de Tezcucu, ovo un año gran seca en toda la tierra, y los panes estaban muy bajos que no crecian por falta de agua, y quemados de los grandes soles. En este tiempo predicó un día á los naturales con gran fe y fervor de espíritu, y mandóles fuesen en procesion, azotándose, á una iglesia de Santa Cruz, que está junto á la laguna grande, y que con toda devocion pidiesen á Dios agua, y tuviesen esperanza que no se la negaria. Hiciéronlo así, y fué con ellos el santo Fr. Toribio, y vueltos de la procesion, en llegando al monesterio comenzó á llover, y de allí adelante siempre llovió hasta que granó el maiz, y fué aquel año de mucha cosecha. Tambien acaeció que otro año vinieron tantas aguas y tan continuas, que no cesaba de llover día y noche; tanto, que no solo los panes se perdian en el campo, mas tambien las casas, como eran de adobes, se caian. Mandó el varon santo á los indios que fuesen en procesion, azotándose, á la iglesia de Santa Cruz, y volviendo de la procesion, quiso Nuestro Señor que luego cesase el agua, como antes cayese muy recia y con ímpetu. Despues todo aquel verano llovió templadamente como lo habian menester, con lo cual los indios quedaron muy edificados y mas firmes en la fe cristiana. Todo lo cual se cree haber concedido Nuestro Señor por los méritos de este su siervo. Cayó enfermo, y estando cercano á la muerte, pocos días antes le tomó gran deseo y fervor de decir misa. Hizo poner recado en un altar para decirla en el claustro antiguo de S. Francisco de México, y allí fué cuasi arrastrando, porque no quiso dejarse traer de alguno, y dijo su misa. Diéronle la extremauncion poco antes de completas. Acabado de recibir este sacramento, dijo á los religiosos que presentes estaban fuesen á decir completas, que á su tiempo él los llamaria. Enviólos á llamar acabadas las completas, y estando todos juntos en su presencia, y habiéndoles dado su bendicion con muy entero juicio, dió el alma á su Criador. El obispo de Jalisco, D. Fr. Pedro de Ayala, de la órden de nuestro padre S. Francisco, que presente se halló á su finamiento, le cortó un pe-

dazo de la capilla del hábito que tenia vestido el siervo de Dios, porque le tenia mucha devocion y en reputacion de santo, como en la verdad lo era. Murió en el convento de S. Francisco de México, donde está enterrado, día del glorioso mártir español S. Lorenzo, cuyo muy particular devoto era. Enterráronlo el mesmo dia con la misa del santo en lugar de la de defunctos. En cuyo introito se cantan aquellas palabras: *Confessio et pulchritudo in conspectu ejus, &c.*, las cuales con harta congruidad se pueden aplicar á este apostólico varon, gran confesor de Cristo y hermoso por el ornato de toda virtud, amicísimo de la pobreza evangélica, celoso de la honra de Dios, muy observante de su regla y ferventísimo en la conversion de los naturales, de los cuales bautizó, por cuenta que tuvo en escripto, mas de cuatrocientos mil, sin los que se le podrian olvidar; lo cual, yo que lo escribo y fuí su súbdito, lo ví firmado de su nombre. Fué el último que murió de los doce, y sexto provincial en esta provincia del Santo Evangelio. Escribió algunos libros, los cuales son: *De moribus Indorum*. Venida de los doce primeros padres, y lo que llegados acá hicieron. Doctrina cristiana en lengua mexicana. Y otros tratados de materias espirituales y devotas.

### CAPÍTULO XXIII.

*En que se contienen las vidas de los siervos de Dios Fr. García de Cisneros y Fr. Luis de Fuensalida.*

EL séptimo de los doce fué Fr. García de Cisneros. Vino de la provincia de S. Gabriel. Era muy avisado y circunspecto en sus cosas, celoso y muy amigo de la observancia de su profesion. Y así haciéndose provincia esta que antes era custodia del Santo Evangelio en el capítulo general de Niza, año de mil y quinientos y treinta y cinco, y teniéndose capítulo en esta Nueva España, dejando el oficio de cuarto y último custodio el venerable padre, digno de eterna memoria por su mucha virtud y letras, Fr. Jacobo de Testera (que despues fué comisario general de estas partes), con unánime consentimiento de los padres vocales y por sus muchos méritos y virtud, fué Fr. García electo en primero provincial de esta provincia. Este oficio hizo el siervo de Dios con mucha prudencia y aceptacion de todos. Trabajaba mucho con los indios y predicábales muchas veces la palabra de Dios. Y porque en su ausencia

De Fr. García de Cisneros.